

IX Reunión de Economía Mundial

Madrid, abril de 2007

Elites y Globalización: una ayuda de memoria con la experiencia latinoamericana

Rolando Cordera Campos

Alberto Castro Jaimes

Universidad Nacional autónoma de México (México)

Correo electrónico: cordera@servidor.unam.mx

acj@correo.unam.mx

**ELITES Y GLOBALIZACIÓN: UNA AYUDA DE MEMORIA CON LA EXPERIENCIA
LATINOAMERICANA**

RESUMEN

Con la globalización en curso, sobre todo en los años dorados posteriores a la caída del Muro de Berlín, se puso en jaque a los estados nacionales y a la idea de desarrollo económico como tarea nacional y política. La recepción entusiasta de la fórmula neoliberal en América Latina, llevó al cuestionamiento extremo de las ideas y las experiencias, y puso a circular una “leyenda negra” del desarrollo anterior cuyos desempeños en términos del crecimiento económico, por cierto, no han sido superados. Con el descubrimiento de los varios malestares de principios de milenio, con la globalización y la democracia apenas reestrenada, ha empezado una revisión de los criterios de evaluación usados en los momentos altos del cambio estructural. Parece pertinente, entonces, revisar también aquella leyenda negra y las ideas centrales que inspiraron los esfuerzos nacionales anteriores. Las elaboraciones de la CEPAL constituyeron el eje de la reflexión y luego el foco de la crítica neoliberal a la anterior pauta de desarrollo. En esta entrega, buscamos exponer algunas de estas ideas como un ejemplo de “elites para el desarrollo”, cuya ausencia o insuficiencia es un aspecto relevante de la problemática actual. La ponencia puede coadyuvar a un interesante ejercicio comparativo con las experiencias del desarrollo asiático.

Palabras clave: Globalización, Desarrollo, Ideología y Elites

Área temática: Globalización económica

ABSTRACT

Within the current time of Globalization, specially the golden years after falling of the Berlin Wall, the nation-states were put in jeopardy, and so did the concept of economic development as a national and political task. The enthusiastic adoption of neoliberal formula in Latin America led to an extreme questioning of these experiences and ideas, and ran into circulation a sort of black legend near former development. Performance of which, for economic growth, has not entirely succeed. Due to the discovery of several concerns about globalization and the just renewed democracy in the early millennium, it has begun a review of the evaluation criteria used in the highest time of structural change. Thus, it seems also pertinent to review this black legend and the ideas which inspired the former national efforts. The conceptual frame of CEPAL constituted the thinking axe, and afterwards the aim of neoliberal critics to this pattern of development. It is to be expected in this document, some of this ideas as an example of “elites for development”, absence of which become relevant to the current difficulties. This presentation would support an interesting comparative exercise with the Asian development experience.

Key words: Globalization, Development, Ideology and Elites

Thematic Area: Economic Globalization

1.- Elites y Globalización: una ayuda de memoria con la experiencia latinoamericana.

Aunque con matices muy importantes, y no obstante el pesimismo reinante al final de los años sesenta, podemos caracterizar las tres décadas siguientes a la segunda guerra mundial como una etapa de crecimiento sostenido que, siguiendo las pautas del período de industrialización latinoamericana, fue fomentada y protegida por el Estado y logró cambiar sustancialmente la fisonomía de la región.

Es conocido que muchos factores influyen en la tendencia al desarrollo de una nación. Por qué unas naciones son ricas y otras no, o por qué unas se desarrollaron o dieron el salto a plataformas de progreso impensadas unas décadas atrás, se ha vuelto pregunta crucial para la economía del desarrollo o la teoría del crecimiento. Como lo ha recordado Ha Joon Chang, resulta imposible acercarse a respuestas satisfactorias a estas preguntas y otras similares sin recurrir al papel desempeñado por los Estados respectivos, pero sobre todo sin, recordar la y las historias particulares de las naciones a partir del gran brote civilizatorio de la Revolución Industrial. De ahí en adelante, nos ha enseñado Chang, parece haber empezado una especie de carrera por “quitarle la escalera al que sigue” en la ruta del progreso, como lo advirtiera sagazmente Federico List al calor de la industrialización alemana y su enfrentamiento con la potencia británica y el pensamiento poderoso del propio Adam Smith¹.

Hay, pues, en la discusión sobre el desarrollo pasado y sobre sus perspectivas y opciones, una economía política y una historia nacional y mundial que no se puede dejar a un lado. En ambos vectores de la reflexión, hay un lugar no siempre bien entendido, a veces incluso rechazado, para los grupos y personalidades, “elites” en su sentido amplio, que encabezan y diseñan los procesos de cambio estructural y reforma institucional que hacen factible y duradero el desarrollo.

2.- Las elites en la mutación latinoamericana

América Latina asimiló las mudanzas que arrancaron en la región desde la terrible crisis de la deuda externa que dio paso a la “década perdida” de los años ochenta del siglo XX, sólo superada en parte en la primera mitad de los noventa, para ser sucedida por un agudo y largo receso económico que ha puesto de moda ominosas hipótesis sobre una reversión que abarcaría a las democracias tan duramente recuperadas en los últimos diez años del siglo XX.

¹ Chang, H. J. *Kicking away the ladder*, 2003: cap. 1 y 2; Chang, 2002: 1-9, cap. 4.

La polarización social resume la ecuación pendiente del desarrollo latinoamericano: sin empleo ni remuneraciones sostenidos, la apuesta por la equidad parece perdida de antemano. La creciente urbanización, al igual que sus cambios profundos, y el consecuente surgimiento de nuevos actores políticos de la región ha convertido a las capas medias de la población en un factor determinante de la estructura de poder. Estos grupos están comprometidos con la democratización, la estabilidad y la continuidad de las instituciones, y la búsqueda del perfeccionamiento de las estructuras sociales; aunque la eficacia de estos propósitos depende en grado considerable de su composición interna y el papel efectivo que juegue en el conjunto de fuerzas y grupos de interés².

Lo crucial, es la capacidad del sistema económico para crear y recrear clases medias que produzcan ofertas simbólicas, mecanismos de intermediación social y den sustento operativo a la representación democrática. Sin ello, la combinación de democracia con desarrollo en la globalización no parece sustentable y la “rebelión de las masas” tan temida por Ortega, asoma de nuevo su nariz.

La democracia latinoamericana fue ganada por las clases medias pero se firmó en un pacto de elites, más que a partir de grandes movilizaciones antioligárquicas. Los militares optaron por el compromiso y el retiro convenido. Pero las elites recién estrenadas o reconvertidas, pronto empezaron a probar sus armas en la globalización. Más adelante, también la marcha reformista, hacia la globalización, fue iniciada con un entusiasta compromiso de las elites. Nuevos ajustes externos y políticas de control de la demanda social han sido puestos en práctica, justificados como el precio inapelable para acceder a la globalización. Lo que está en juego ahora, es ganar la respetabilidad de los mercados internacionales a través de políticas responsables garantizadas por los bancos centrales autónomos, y mientras ello ocurre con disciplina, no se han podido concentrar, bajo una política integral, los mecanismos productivos e institucionales que permitan una nacionalización de esta globalización.

La consecuencia de todo esto es un desempeño económico mediocre, una concentración mantenida o agravada de los ingresos y la emergencia de un malestar masivo “en la democracia” que amenaza convertirse sin más en un descontento contra la democracia.

El discurso emitido al inicio de la Segunda Posguerra por la CEPAL, constituye una referencia obligada para actuar y entender este nuevo mundo hostil, donde las elites se fugan

² Cfr. Hoppe, H. “*Natural elites*”, 1997

y reniegan de sus responsabilidades históricas como grupos dirigentes y forjadores de visiones de futuro. En la CEPAL se dio cita una elite que buscó precisamente lo contrario: producir ideas, ponerlas en circulación, ampliar el campo de opciones para un continente en transformación y sentar las bases de una forma de inserción internacional que asegurara a las masas de la región un futuro de bienestar y de progreso. Este pensamiento, es todavía la obligada contraparte de un pensamiento cosmopolita que no acierta a combinar democracia con equidad, ni desarrollo abierto con formas estatales que le den fortaleza y no debilidad a las ricas idiosincrasias nacionales que hacen singular a la historia latinoamericana.

La importancia de las propuestas cepalinas, en medio de las tormentas globalizadoras, continúa siendo considerable, pues su pensamiento se ha sistematizado y difundido, se ha “globalizado”, y ha contribuido a la reconstrucción de una nueva visión sobre el mundo en desarrollo.

En esta perspectiva puede decirse que tanto los resultados generales como las diferencias entre las distintas experiencias nacionales, encuentran un factor explicativo importante en el comportamiento de los Estados y la conducción que de los gobiernos hicieron los grupos dirigentes surgidos de esa transformación. Por ello, Seymour Lipset propone que “aunque hay muchos factores que influyen en la tendencia al desarrollo de una nación es evidente que, independientemente de las diferencias en los sistemas sociales, uno de los requisitos para el desarrollo es una elite competente. Así, los factores que influyen en las capacidades de las elites desempeñan un papel principal para determinar la tendencia de distintos países al crecimiento económico y a la estabilidad política”³.

Con la intención de definir al Estado moderno, John Hall encuentra en el pensamiento de Adam Smith la necesidad de controlar el poder; lo que implica la confianza plena en la “buena voluntad” en la que se basa el Estado kantiano, pero no la abolición del propio Estado. Hall rescata la idea de que: “la paz y la administración de la justicia le permitirían al Estado una presencia más sustancial de la que estaba consiguiendo. Además, era recomendable contar con una sabia élite política con el fin de enfrentar las interesadas demandas de los capitalistas más poderosos, quienes desearían extender [su dominio] a costa de destruir las benéficas y dinámicas operaciones del mercado”⁴.

Los ámbitos más influyentes del poder están manifestados en el poder económico, el político y el ideológico. La teoría de Pareto del equilibrio social se basa en gran medida en las

³ Lipset, Las elites en el desarrollo latinoamericano, 1967.

⁴ Hall, John A. El estado, Ed. Nueva imagen, México, 1991, p. 17

distintas formas de combinación, integración y sustitución de las elites políticas, económicas e intelectuales. El entendimiento del progreso y las desigualdades está implícita en su definición. W. Kornhauser, nos señala Bobbio, considera a partir de la perspectiva elitista, que el elemento determinante de la desigualdad social, no es el antagonismo de clases, sino la diversa distribución del poder político; y es por ello que, la causa de la formación de las clases sociales no descansa del todo en el principio de propiedad, como en la construcción marxista, sino en el de autoridad⁵.

El poder ideológico tiene como objetivo la manipulación de símbolos que caracterizan el pensamiento y la acción humana. La antigua definición que enmarcaba a los intelectuales, desde la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX como promotores de la disidencia⁶, pierde sentido en su función necesaria actual para el desarrollo político y económico de los países, basado en procesos de socialización racionales y sostenibles. La élite intelectual debe promover el “consenso antes que la disidencia”, mientras las estructuras políticas vigentes sostengan su legitimidad y justifiquen su continuidad social.

El papel especializado de la élite intelectual, va más allá del desarrollo de su campo, incluye la difusión de ideas morales, estéticas, políticas y científicas vigentes, no necesariamente nuevas, y en especial sobre las formas de socialización de los nuevos miembros de la sociedad: “esa influencia tiene una importancia vital para la organización (y la desorganización) del sistema social”, ejercen influencia sobre los estados de conciencia y las actitudes, difundiendo definiciones culturales, cognoscitivas, afectivas y morales. Es esa función la que sitúa a esta élite en un papel significativo para el orden económico, político y social. . Es importante, enfatiza Bobbio, distinguir entre los intelectuales y los técnicos, pues aún cuando estos últimos intervienen directamente sobre los hombres, “su objeto primario se basa en la fuerza de trabajo, y no en la personalidad o la conciencia”⁷.

En el cambiante mundo en desarrollo y en el subdesarrollo, la combinación de globalidad, progreso económico y social y democracia plena, no se consolida y en muchas naciones más bien se vuelve una pretensión inalcanzable. Éste es el escenario inicial para reflexionar sobre el papel posible o esperado de las elites, y para preguntarnos por su papel en el futuro de las democracias latinoamericanas.

⁵ Bobbio, *Diccionario de Política*. p.525.

⁶ *Ibid*, p. 544

⁷ *Idem*

Por mucho tiempo, fundar un orden democrático en América Latina fue visto como ensueño, pero en los años finales del siglo XX la democracia se convirtió en un horizonte viable. Empezó a ser vista como vehículo político para dejar de ser la excepción de la historia occidental, y así incorporarse plenamente al banquete de la modernidad, ahora entendida como globalización. Un banquete siempre pospuesto por las dictaduras o las crisis financieras y económicas. Pero sobre todo por una concentración de riquezas e ingresos, así como por una heterogeneidad estructural, incompatibles con los requisitos mínimos de una ciudadanía creíble y compartida por todos sus habitantes.

Al calor de la crisis de la deuda externa iniciada en México en 1982, casi todos los países de la región empezaron a plantearse la conveniencia y la necesidad de un cambio estructural que les permitiera superar la trampa del endeudamiento y habilitara a sus economías para inscribirse novedosamente en el nuevo mundo que emergía de las crisis internacionales de los años setenta y, a partir de 1989, del desplome del sistema soviético y del fin de la bipolaridad y la guerra fría.

Receptores atentos y hasta fieles de lo que se llamó el “Consenso de Washington”, sectores de profesionistas, profesionales de la información y la comunicación, junto con administradores financieros y empresariales, economistas e intelectuales, empezaron a configurar nuevas modalidades elitistas y a tratar de fijar la agenda pública en consonancia con los nuevos mundos que anunciaban la globalización y la afirmación de la hegemonía de Estados Unidos. La clave maestra de esta agenda renovadora estaría dada por la combinación virtuosa de una democracia recuperada o, como en el caso de México, estrenada, con una economía abierta y de mercado que pronto dejaría atrás las deficiencias del proteccionismo, las adiposidades de los estados dirigistas e intervencionistas y los espectros del populismo.

Faltaron, empero, evaluaciones concienzudas y oportunas, de las consecuencias probables sobre las diferentes dimensiones sociales por este cambio. Cuando América Latina no pudo sortear los primeros rebotes de la globalización, los Estados vieron en el corto plazo una necesidad empalmada con el proceso de integración productiva mundial, y las ideas fueron sobrepasadas por la urgencia, así como por la debilidad política y estructural de los países del área. Las elites comprometidas con el desarrollo endógeno y la promesa de bienestar social y equidad, fueron puestas contra la pared con el argumento de que su “modelo” de desarrollo no sólo estaba en crisis sino que era el principal responsable de la misma.

Al final de la partida se retrata un panorama poco esperado, y al empezar el siglo XXI estas elites y sus visiones se encuentran en entredicho, hasta el grado de que muchos observadores y analistas del proceso político latinoamericano esbozaron que se trata de un descontento “en la democracia” que, como se mencionó, bien puede desembocar en un malestar **con** la democracia, pero también con el cambio económico y social gestado en los últimos años del siglo pasado⁸. Cabe entender en estas palabras una frágil legitimidad.

Cada ideología, nos recuerda Norberto Bobbio, “debe contener también elementos descriptivos que le hagan creíble y, en consecuencia, idónea para generar [...] consenso”⁹. Los cambios estructurales basados en olas ideológicas renovadas atraviesan antes un proceso de construcción racional que les justifica y les otorga la coherencia que garantice su legitimidad. El reclamo de esta coherencia, no es un precepto exclusivo de los movimientos de la izquierda, sino también de derecha. El desmantelamiento del llamado *modelo proteccionista* de los países latinoamericanos, se apoyó en lo que el mismo Bobbio define como mecanismo de impugnación de la legitimidad, basado en un juicio negativo que se traduce en una acción orientada a transformar los aspectos básicos de la vida política¹⁰. El consenso negativo se ha descrito en estos días como una “leyenda negra”¹¹ al rededor del *modelo desarrollista latinoamericano*.

La renovación de categorías está en las manos de la élite intelectual, y el consenso requerido debe incluir a los grupos destacados de posición conservadora. Los límites de la construcción conceptual racional están definidos por la ortodoxia ideológica, y la construcción democrática implica su inclusión progresista.

Aún bajo el reconocimiento de dolorosos descalabros, el firme consenso de las elites latinoamericanas sobre el rumbo de la política económica de la región, contrasta con las percepciones de desigualdad de acceso a derechos y a medios de vida en la región¹². Pareciera que la legitimidad de la orientación hacia lo global, sin miramientos por lo local, está inmersa en una disimulación, o cegada por una convicción firme entre las sociedades más ligadas al comercio exterior. El verdadero grado de legitimidad, o de consenso, de las formas de ejercer el poder, puede envolverse en un velo ideológico, que expresaría una opinión pública orientada. Cuando el consenso está cubierto por este velo, se aleja de la construcción

⁸ PNUD, Informe sobre la Democracia en AL, 2004.

⁹ Bobbio, op. cit., p. 865

¹⁰ Bobbio Ibid, p. 864.

¹¹ Ocampo, Cárdenas y Thorp, *Industrialización y Estado en América Latina*, Trimestre Económico, 2003.

¹² Cfr. Contreras, J., Revista Newsweek, enero 2007; PNUD, Informe sobre la Democracia en América Latina, México, 2004.

democrática; y puede entorpecer los acuerdos y la confianza¹³. Fuera de estas influencias se encuentra la verdadera legitimidad.

Si bien, este velo ideológico lo protagoniza el discurso de las elites políticas y las económicas, “se puede establecer que la función de los intelectuales es siempre una función de integración social y cultural”¹⁴. Por ello, toca a la clase intelectual buscar un orden ideológico, y una renovación de categorías que genere consenso, y lleve a las economías latinoamericanas a objetivos de crecimiento más igualitarios en un marco democrático participativo.

Para definir el papel de las elites culturales o intelectuales, se pueden esquematizar las tres diferencias entre el poder, la influencia y la “dominación” social que, como advierte Allain Touraine, no deberían confundirse. El poder es la capacidad de imponer un orden a la colectividad; la dominación social es la repercusión de una clase sobre el sistema, y la influencia se desarrolla en la interacción social, y busca un orden sin la posibilidad de ejercer autoridad. La influencia toma cuerpo en el plano de las decisiones y, de acuerdo con el grado de acceso a los mecanismos de influencia, las decisiones se concentran y dirigen por y para grupos más o menos reducidos¹⁵. Los grupos de interés, cuando tienen gran influencia, acotan el margen de acción de los gobiernos, y si el Estado no cuenta con una base ideológica sólida reproducida por la elite intelectual que dé racionalidad a su actividad, los grupos de interés actúan al pie de su fuerza política, y la función coordinadora del Estado se ve entorpecida.

Lo que impera ahora es un desconcierto que acosa el “sentido de pertenencia” entusiasta con el que los gobiernos del área y sus elites acogieron el llamado modelo neoliberal y lo que se veía como su complemento lógico y hasta inevitable: la implantación de la democracia representativa de inspiración liberal a todo lo largo del subcontinente. Su legitimidad ahora reconoce límites, pero en ella corre riesgos la credibilidad del régimen democrático.

Desde la perspectiva webberiana, la legitimidad del *poder legal* radica en la creencia en la legalidad de las normas del régimen y del derecho de mandar de quienes detentan el poder basado en tales normas. De esta forma, cuando se percibe un estado capturado por los intereses de una potencia externa o hegemónica, la comunidad política encuentra difícil despertar algún grado relevante de lealtad entre los ciudadanos.

¹³ Bobbio, op. cit.

¹⁴ Ibid. p. 547

¹⁵ Touraine, A. *Reproducción de la sociedad*, 1995. pp. 158

La coalición necesaria para hacer de la persuasión política una estrategia de la visión y acción del Estado es uno de los desafíos con los que se enfrenta el desarrollo desde esta perspectiva, y para ello la integración de las elites y la recuperación de una visión de corresponsabilidad y de reciprocidad de los beneficios al nacionalizar la globalización es parte de los desafíos.

Se busca la apuesta política e institucional que logre matizar la realidad social actual, entendida como global y social en un entorno interno y externo, para fijarse mecanismos de adopción y adaptación al proceso global con arraigo e identidad propios ¹⁶.

3.- La élite político-económica

Un sondeo, publicado a principios de este año, reporta un creciente optimismo de la élite latinoamericana sobre las perspectivas de crecimiento económico de sus países. La excepción es México, donde parece haber incertidumbre frente a la competencia directa con las manufacturas chinas. El caso contrario es Chile, cuya orientación apuesta positivamente al mercado global y ha evitado su total integración al bloque del MERCOSUR. Parece que las elites chilenas y las mexicanas se orientan hacia el mercado global, y sus preocupaciones se fijan menos en el interior de la región latinoamericana. Son también los chilenos quienes declaran en la encuesta que, centrar los esfuerzos a la integración del mercado en América Latina es errar el rumbo¹⁷. Cincuenta años después de que Robert Merton distinguiera la distancia entre las elites locales y las cosmopolitas, Robert Schiller describe su sorpresa al encontrar un sistema de creencias común entre la elite cosmopolita, cuyo marco de referencia es “el mundo como un todo” y, por tanto, enfoca lealtades a su propio marco. El conflicto es latente aún entre los intereses de éstos con las cúpulas locales, que coexisten en un espacio territorial y representan, ambos, un grupo de influencia real¹⁸. El cosmopolismo de las elites se refleja en su apuesta creciente por el comercio exterior. Si la fuente de reproducción material se dirige al mercado externo, por ejemplo, la dependencia y pertenencia al conjunto se pierde entre los segmentos de una sociedad disgregada.

En la medida en que se aleja la elite política y económica del resto de la sociedad, y en que el crecimiento depende del sector externo, el papel de las elites deja de relacionarse con su base social, las masas. El cosmopolismo limita la lealtad consensuada para el ejercicio del poder. Al mismo tiempo, los sindicatos y organizaciones campesinas pierden participación, y

¹⁶ Cfr. Cordera, Economía UNAM, 2005

¹⁷ Contreras, Joseph. "La optimista clase alta", revista newsweek, enero de 2007, pp. 32 a 36.

¹⁸ Schiller, R. "Los nuevos cosmopolitas", Diario Reforma, 10 de enero de 2007

su voz es cedida a grupos particulares de la sociedad civil y a representaciones políticas lejanas de sus necesidades.

Los sistemas éticos entre los grupos se disipan y su identificación mutua se desvanece en formas de socialización opuestas, que no comparten expectativas, ni afinidades valorativas en un marco normativo estructurado para una ciudadanía igualitaria; el dispar sentido de pertenencia establece elementos de impugnación de legitimidad, que se traduce en rebelión, cuya característica principal es un precario respeto de esas estructuras y normas. Este proceso tiene un carácter colectivo que no es capaz de reconocer actores ni formas de lucha, y se limita a la negación y el rechazo abstracto de la realidad social¹⁹. En el ámbito económico esta rebelión encuentra una válvula en el creciente sector informal y la migración internacional. La concentración de poder se contiene a través de las prácticas políticas informales. La tolerancia de estas actividades es socialmente comprensible por los deficientes mecanismos de negociación política y el insuficiente crecimiento económico, pero hace temblar la legalidad que un sólido marco democrático requiere para no ser sentenciado a su propia inviabilidad política.

La creencia en un mercado que corregirá, por asignación libre, las desigualdades de poder e ingresos, es también signo de ese cosmopolismo elitista, del desarraigo a su referencia territorial, y del velo ideológico tras del cual se sostiene su legitimidad, que empieza a perder coherencia ante el panorama social. Los procesos de asignación, generalmente, mantienen un nivel aceptable de conflicto dentro del sistema. En ellos participan los esfuerzos y las oportunidades de gratificación. Cuando éstos fallan, se implementan mecanismos especiales de defensa y adaptación²⁰. El cambio cultural implícito en la inserción al mercado global vulnera esa corresponsabilidad basada en la dependencia mutua.

La interacción entre los actores de un sistema social organizado, construye expectativas recíprocas respecto de sus acciones mutuas. Estas expectativas se generalizan hasta institucionalizar las acciones esperadas correspondientes al *status*, integrando un sistema de roles interactivos, con normas establecidas y valores compartidos²¹. Estos valores y normas se asimilan a través de la socialización de un sistema cultural, que evidentemente cambia, y en el que quedan insertos los valores globales. Los valores definen una estructura de normas o patrones de comportamiento recíprocos, distribuidos en derechos y obligaciones, que

¹⁹ Cfr. Bobbio, N. *Diccionario de Política*, p. 864.

²⁰ Parsons, T. *Teoría de la acción*, p. 184.

²¹ *Ibíd.*, p. 185

representan expectativas de rol y sanciones. Se dice que esta adquisición de orientaciones ocurre cuando los patrones culturales son internalizados²².

El sentimiento de arraigo es estimulado por una valoración hacia las relaciones locales. Cabe señalar que tiempo atrás, se ha advertido que las condiciones y las posibilidades de acción de los empresarios privados en América latina, son muy distintas a la expectativa de acción empresarial de los países más desarrollados, y así lo discute F. H. Cardoso: “la problemática schumpeteriana del empresario [...] pierde sentido si se considera aisladamente. La creatividad económica ya no se define más dentro de los límites de la empresa, sino que se traslada al plano más amplio de la formulación e implantación de una política de desarrollo. El empresario típico de los países subdesarrollados deviene no solamente en el industrial que maximiza beneficios por la innovación en el plano [privado, pues se encuentra limitado por la dependencia tecnológica], sino principalmente en que es capaz de definir una orientación adecuada de su acción, en vista de las posibilidades de transformación de la sociedad y la economía”²³.

La disgregación de las sociedades no sólo debilita la identidad colectiva y la sensación de agencia, sino también el sentimiento mutuo de interdependencia. Los sistemas de movilidad social deben percibirse al alcance²⁴. Por esta razón, es necesaria la difusión de valores que obtengan coherencia en el comportamiento de sus actores dentro de las estructuras de poder. La confianza en el Estado kantiano, como *guardián nocturno de la propiedad privada*, se basa en la “buena voluntad” con base en una racionalidad acotada por la acción de los valores²⁵. La corresponsabilidad local de las elites es parte de ese valor moral que les otorga legitimidad, y por ello, es necesaria para establecer patrones de asignación no sólo eficientes, sino socialmente funcionales en una economía de mercado. La referencia territorial del comportamiento empresarial, toma relevancia en el proceso de interiorización de los valores. El resultado se expresa en las distintas combinaciones de orientación del empresario medio hacia el mercado y a la sociedad. La orientación societal es una especie de orientación hacia el beneficio local en conjunto con el global²⁶.

²² *Ibid.*, pp. 187 - 188

²³ Cardoso, p. 107

²⁴ Lin, op. cit. pp. 140-141

²⁵ Cfr. Arnaldo Córdova, *Sociedad y Estado en el mundo moderno*, Grijalbo, México, 1976, pp. 21-68.

²⁶ Con *global* Cardoso se refiere al límite territorial de una nación, y local para un territorio más limitado dentro del mismo. Sin embargo, parecería explicar, en parte, la actitud empresarial hacia el mercado interno y hacia el exterior. Cardoso, F. H. “Las elites empresariales en América Latina”, en R. Franco ¿? p. 107-109.

La confusión y el desconcierto que hoy se observa en las elites latinoamericanas, sin embargo, no es privativa de la región. De hecho, estos cambios alcanzan una dimensión planetaria.

En su libro póstumo, *The Revolt of the Elites*, Christopher Lasch nos relata las nuevas amenazas que se ciernen sobre la democracia americana. En particular, sostiene que el carácter “artificial” de su política refleja un aislamiento de las elites, y éstas, encargadas de definir los asuntos públicos, “han perdido contacto con el pueblo”.

En el pasado, nos dice, las clases privilegiadas cultivaban una suerte de lealtad local y regional y trataban de mantener una idea firme de responsabilidad social. Con el declive de las viejas fortunas y la explosión de la movilidad del capital, esas lealtades se diluyen o, de plano, se niegan. “En nuestra era, la amenaza principal a la democracia parece venir de los que están en la cumbre de la jerarquía social y no de las masas²⁷. Ortega y Gasset, nos dice Lasch, reflexionaba a partir de una crisis europea cruzada por la devastación de la Primera Guerra, y la emergencia de movimientos sociales de orientación revolucionaria y totalista, del fascismo al comunismo ruso, que lo llevaban a hablar de la “dominación política” de las masas. En cambio, “Hoy, son las elites, aquellos que determinan los términos del debate público, las que han perdido la fe en los valores de Occidente, o lo que queda de ellos.”²⁸. La falta de sensibilidad respecto de los valores y las obligaciones para con la civilización que Ortega atribuía a las masas, son ahora atributos de las elites.

Lo que hoy predomina son las tendencias de salida, por encima de la voz y la lealtad, y se concretan en la emigración de los contingentes más educados de la base social, y la siempre lista fuga de capitales de las cúpulas. Por encima de esta convocatoria democrática, se impone la revuelta de las elites, que deja atrás en sus efectos perniciosos a la siempre temida rebelión de las masas., que hoy anuncian en el antipopulismo.

Y en este sentido, el curso general de la historia reciente corre en la dirección de una sociedad de dos clases en la cual los pocos favorecidos monopolizan las ventajas del dinero, la educación y el poder. Sin desmedro de la enorme expansión material que trajeron consigo la modernidad y el desarrollo económico a partir del siglo XIX, parece cada día más claro que la *democratización de la abundancia*, la idea de que las generaciones posteriores vivirían mejor que las presentes, da paso ahora a una suerte de reversión en la que las viejas desigualdades se restablecen.

²⁷ Lasch, C. *The Revolt of the elites*, 1995, p. 25

²⁸ Ídem

De todo esto, sobresale un fenómeno global que pone en jaque el viejo esquema de formación y reproducción de las elites: la reducción de las clases medias, así como la crisis de los intelectuales como categoría social dedicada a la producción de visiones de democratización de las relaciones sociales y de dominación.

Así, para Lasch²⁹, quien escribe en los albores del portentoso boom americano del gobierno del presidente Clinton, que llevó a muchos a imaginar una “nueva economía” como sostén del orden global, es la crisis de las clases medias que debe tomarse en cuenta para evaluar la perspectiva de la democracia en su país así como en el resto del mundo industrializado.

La transformación dentro de los grupos altos como resultado de su alejamiento estructural de la sociedad, pone en crisis la noción establecida de las clases medias como el semillero de las ideas y de las deliberaciones democráticas.

Lo que ocurre hoy en Estados Unidos podría leerse como un momento más de inflexión y de definición en ese proceso, pero lo que queda cada vez más claro es que la otrora inmovible democracia americana ha entrado en una fase de profunda conmoción, donde la incredulidad y la abstención parecen darse la mano con manipulaciones de todo tipo dentro y sobre el propio proceso electoral.

4.- Una revisión de las ideas de la “Orden Cepalina del desarrollo”

A comienzos de 1948 las Naciones Unidas crearon la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Su constitución se hizo bajo los peores auspicios, según cuenta Celso Furtado uno de los fundadores. Estados Unidos la veía como algo temporal y buscaba que sus relaciones con América Latina se dirimieran en el campo de las relaciones bilaterales, de acuerdo con el “tal punto cuarto de Truman”³⁰.

Pronto se incorporó a sus trabajos Raúl Prebisch, quien había dirigido el Banco Central de Argentina y era el único economista de la región con reconocimiento internacional. De los primeros cuadros de la situación regional, nos relata el economista brasileño, resaltaba la extrema precariedad en que vivían las masas latinoamericanas. Sin embargo, la preocupación principal parecía ser la relación entre la industrialización experimentada por la

²⁹ Ibid.

³⁰ Furtado, 1991, p.45

región antes y durante la guerra y el comercio exterior, que la sabiduría convencional veía como algo artificial creado por la guerra.

Para Prebisch, quien primero se incorpora a la Comisión como consultor, la situación y la perspectiva eran distintas. En su segundo texto sobre la cuestión, circulado restringidamente antes de la conferencia de la Habana, “el lenguaje de Prebisch era el de un manifiesto que convocaba a los países latinoamericanos para que siguieran la política de industrialización. El punto de partida era un grito de guerra: “la realidad está destruyendo en América Latina aquel viejo sistema de división internacional del trabajo [...] que seguía prevaleciendo doctrinariamente hasta hace muy poco tiempo”. Reconocía que nosotros, latinoamericanos, estábamos muy lejos de tener una ‘correcta interpretación teórica de la realidad pero ya sabíamos que para obtenerla necesitábamos abandonar la óptica de los centros mundiales. Con un claro gesto dirigido a la nueva generación, señalaba la carencia de economistas capaces de penetrar con un criterio original en los fenómenos concretos latinoamericanos. Y agregaba con insistencia que no bastaba con enviarlos a las universidades de Europa y Estados Unidos porque “una de las fallas más serias que padece la teoría económica general, contemplada desde la periferia, es su falso sentido de universalidad”.

El texto, nos dice Furtado, “no aportaba propiamente una crítica de la teoría clásica (o neoclásica) del comercio internacional. Su objeto de ataque era el sistema real de división internacional del trabajo, que venía conduciendo históricamente a la concentración de la renta en beneficio de los centros industrializados. Se afirmaba que la legitimidad del sistema se fundaba en la tesis de que los frutos del progreso técnico tendían a ‘repartirse con ecuanimidad’ entre los países que participaban en el intercambio. Pero ahí los datos estaban demostrando lo contrario”³¹.

Con Raúl Prebisch al frente de la Cepal, el grupo inicial avanza en la consolidación de su pensamiento, y otorga mayor coherencia al concepto original de Centro-Periferia, indudable “patrimonio de Prebisch”. Al desarrollar las hipótesis sobre el deterioro de los términos de intercambio y adelantar las propuestas sobre la necesidad y la racionalidad de continuar el proceso de industrialización, se abre paso la idea de una política de desarrollo cuyo eje tiene que ser la conducción planificada del proceso a cargo del Estado.

Este “pequeño grupo de selectos economistas latinoamericanos” desarrolló un pensamiento autónomo y original sobre América Latina. Entre estos debe recordarse a Juan

³¹ Furtado, *ibid*, p.53

Noyola (México), Celso Furtado (Brasil), Regino Botti (Cuba), Jorge Méndez, Carlos Castillo (Costa Rica), Jorge Ahumada, Osvaldo Sunkel y Aníbal Pinto (Chile), Víctor Urquidí (México), Manuel Balboa, José Antonio Mayobre (Venezuela), Dudley Seers (Gran Bretaña), y Oscar Soberón y Cristóbal Lara (México). Más tarde, a lo largo del siglo XX y los inicios del actual, habría que incorporar a David Ibarra (México), Gert Rosenthal (Guatemala), Fernando Fajnsylver (Chile), José Antonio Ocampo (Colombia). Contaron, además, con la importante presencia de José Medina Echeverría, proveniente del exilio español y el primer traductor de Max Weber. Bajo su inspiración, muchos sociólogos latinoamericanos se vincularon activamente a la problemática del desarrollo y le imprimieron a los estudios económicos un intenso reconocimiento de lo social.

“Fue en ese fructífero periodo inicial cuando la Cepal configuró y definió un sistema de ideas que se transformó en una corriente de pensamiento propio y que tuvo honda influencia en América Latina. [...] América Latina comenzó a mirarse a sí misma a través de su propio pensamiento, [un] paradigma teórico y político alternativo a la economía convencional”³².

No se trataba ni se trata de una profecía o de un programa político de transformación total, revolucionario. De entrada, se quería tomar nota de cambios significativos en la estructura económica y social de América Latina en el periodo de crisis y entreguerras y darle a estos cambios una perspectiva histórica, racional y analítica congruente, a la vez que contribuir a la circulación y enriquecimiento de las visiones y ambiciones forjadas por esas crisis y, desde luego, por la traumática experiencia de la guerra.

La industrialización se dio en los hechos antes que en el discurso político, y éste, antes que en la teoría. Pero al mismo tiempo, debe contemplarse que la industrialización trajo consigo el surgimiento de nuevos actores políticos, sociales y económicos, la emergencia de elites y la circulación de las existentes. Y es en este contexto que las ideas de la CEPAL pueden y buscan “hacer época”³³.

La especialización de América Latina en la producción de materias primas estaba justificada por el crecimiento ligado a las exportaciones y la teoría de la ventaja comparativa que, entre otras cosas, suponía la ausencia de poder monopólico y la expansión de los beneficios del progreso tecnológico. Un “corolario” derivado de la teoría de Ricardo es la existencia de actividades económicas naturales y artificiales. Las actividades artificiales son

³² Paz, 1987, pp. 11-12

³³ Love, J. p. 393

aquellas impulsadas y desarrolladas sin el beneficio del factor abundante, y por lo cuál habrían de ser desalentadas evitando una asignación ineficiente de recursos.

Frente a esto, se dan a todo lo largo de la historia del capitalismo intentos múltiples por demostrar la racionalidad histórica de muchas de esas actividades económicas “artificiales” que tanto política como teóricamente se consideran cruciales para el desarrollo de los países y los Estados. Entre estas plataformas económicas destaca la industrialización, vista no sólo como proceso sectorial sino como un conjunto complejo de esfuerzos y proyectos sociales y políticos, decisivos para ascender por la escalera del progreso económico y social³⁴.

Sobre todo durante la gran depresión de los años 1930, aparecieron en América Latina diversos discursos a favor de la industrialización. En los primeros años de la segunda guerra, el establecimiento de bancos de desarrollo industrial en las cuatro economías más grandes de la región (México, Argentina, Chile y Brasil) dio cuenta de que las cosas y las ideas habían cambiado. La industrialización comenzaba a verse como una necesidad que trascendía las coyunturas críticas de los años treinta..

Por otro lado, la acción de los gobiernos parecía errática e inconsistente. El apoyo oficial era sobre todo para la recuperación más que para el desarrollo. “En la década de 1930, los proponentes de la industrialización eran prácticamente los industriales mismos [después], los análisis de la CEPAL prescribieron y legitimaron la industrialización”³⁵.

Esta legitimación de aquel cambio estructural sí logró sustentarse en una búsqueda teórica con sustrato histórico y social. La presencia de Prebisch, en este sentido probó ser decisiva³⁶.

La teoría de la industrialización, poco instrumentada hasta entonces, parecía enfrentar una suerte de vacío teórico, y encontraba dificultades teóricas para “adaptar a las realidades económicas y sociales que se procuraba entender y transformar”. La teorización cepalina impulsada por Prebisch estaba destinada a llenar este vacío: “sería la versión regional de la nueva disciplina que se instalaba con vigor en el mundo académico anglosajón siguiendo la estela “ideológica” de la hegemonía heterodoxa keynesiana, o sea, la versión regional de la teoría del desarrollo”³⁷.

³⁴ Cfr. Chang, 2002

³⁵ Love, op. cit. pp. 394-395

³⁶ Ibid, pp. 396 - 409

³⁷ Bielschowsky, p. 25

Para Prebisch, las naciones periféricas no podían aplicar las políticas de control monetario o fiscal con el mismo resultado que en los “centros”, “pues un aumento en la oferta monetaria de estos países que buscara el pleno empleo devaluaría la moneda debido a la alta propensión a importar”³⁸. Con esta perspectiva, Prebisch convierte casi dos décadas de participación directa en la política económica de su país en una audaz fórmula teórica que le permitiría cuestionar incluso algunas de las tesis keynesianas sobre la moneda y rechazar la teoría de las ventajas comparativas. De hecho, nuestro autor “había formulado las bases de su tesis en 1949, antes de que apareciera en una publicación de la ONU la primera base empírica sobre la que podría descansar su planteamiento, un estudio sobre los precios relativos por H. W. Singer. El estructuralismo fue presentado en forma embrionaria por los argumentos institucionales de Prebisch acerca de por qué la economía neo-clásica no podía aplicarse sin modificación en la periferia [...] y el grupo de jóvenes economistas y otros científicos sociales agrupados en la CEPAL se abocarían desde entonces a emplear el análisis estructural en estudios históricos formales”³⁹.

Su diagnóstico sobre el atraso era contundente: América Latina ocupaba un lugar dentro de la periferia del sistema económico internacional en la medida en que jugaba, junto con otras regiones periféricas, el papel de abastecedora de materias primas para soportar el crecimiento industrial. Había en esta relación, unos términos de intercambio tendencial o estructuralmente desfavorables para aquellas regiones⁴⁰.

Una vez creada la Cepal, se amplían los argumentos del deterioro de los términos de intercambio. Entre ellos se encuentra que la periferia absorbe la mayor parte de la contracción cíclica del ingreso en el sistema, como consecuencia de una mala organización de los trabajadores en ésta. El deterioro de los términos de intercambio proviene de una concentración del beneficio del progreso técnico en el centro, y su causa básica se analizó como un exceso en la oferta de trabajo. En 1950, H. W. Singer, publica su estudio “Relative Prices” donde explica el diferencial en el efecto del progreso técnico mediante una extrapolación de la Ley de Ernest Engel, en la diferencia de diferentes elasticidades-ingreso de la demanda para los bienes primarios e industriales. Esta idea no pudo ser separada en adelante de la propuesta del deterioro de los términos de intercambio de Prebisch⁴¹.

³⁸ Love, *op. cit.* p. 410 y 411

³⁹ *Ibíd.* p. 459

⁴⁰ *Cfr.* Thorp, Sunkel y González en CEPAL, 2000

⁴¹ Love, *op. cit.* p. 410-416

La vinculación entre la formulación analítica y los proyectos y ambiciones políticas y económicas de la época no fue menor y en varios países se adoptó como “idea fuerza” oficial o casi. Puede decirse así, que las elaboraciones cepalinas pronto se inscriben en la deliberación política y social de prácticamente toda la región. Sus planteamientos llevaban casi de la mano a la identificación de plataformas de mediación entre las esferas económicas y sociales y el Estado. Se trata así de una fórmula analítica pero también ideológica que se nutre del análisis histórico para desembocar en un proyecto económico con implicaciones políticas renovadoras.

Incluso, podría decirse que contra la filosofía política de varios de los fundadores, que era sustancialmente democrática aunque no claramente liberal, los postulados de la CEPAL formaron parte del discurso nacional-popular que inundó la región en los años que siguieron a la posguerra. Desarrollismo y nacionalismo se daban la mano entonces, y su racionalidad histórica se encontraba en las tesis de Prebisch sobre la relación centro-periferia que, sostenían él y sus compañeros, podía modificarse en beneficio de la región sin pretender un aislamiento o una autarquía como llegaban a sostenerlo las visiones nacionalistas extremas que aún sin admitirlo se inspiraban en la experiencia soviética.

El camino propuesto entonces consistía en impulsar, desde la razón y la voluntad políticas que habían emergido de las crisis de los años treinta y de la experiencia de la Segunda Guerra, una industrialización que arrancara de la sustitución de importaciones, ayudara a superar la asimetría de las relaciones económicas de la región con las economías más avanzadas y redujera su dependencia del exterior, al lograr estructuras productivas más integradas y diversificadas. No se trataba de evadir la inserción en el nuevo orden internacional que se construía en esos años, sino de explorar una senda de internacionalización distinta, sustentada en la transformación productiva interna, y la producción manufacturas con mayor contenido tecnológico en cada etapa⁴². Como hemos dicho, esta transformación había despegado casi naturalmente, pero siempre auspiciada por los Estados, en el periodo de entreguerras.

El discurso de la CEPAL confiere racionalidad a una acción gubernamental que varios países estaban llevando a cabo empíricamente, y que luego son organizadas y sustentadas técnicamente gracias a los esfuerzos empeñados por el propio Prebisch en el ILPES (Instituto Latinoamericano de Planeación Económica y Social). Como se dijo, este enfoque buscó interpretar retrospectivamente la evolución de América Latina, y sobre todo, dar sentido y

⁴² Cfr. Villareal, 2000

congruencia a las propuestas de cambio que permitirían reencauzar el crecimiento económico, propiciar las reformas indispensables en el mundo rural y, por estas vías de desarrollo y transformación económica y social dar cauce a los reclamos democráticos que emanaban no sólo de los sectores medios sino de las masas del continente⁴³.

En los años sesenta y setenta, se habla con insistencia de “estructuralismo” y “dependentismo”. Ambos, se presentan como escuelas de pensamiento que buscan dar curso a la nueva problemática de la región que al calor de la Revolución Cubana. Estas escuelas tuvieron notable influencia política, y fueron asimiladas no sólo como doctrinas que inspiraron la acción estatal entre 1940 y 1960, englobadas en el concepto de desarrollismo, sino como fórmulas políticas e ideológicas que llegaron a inspirar postulados revolucionarios.

En un sentido amplio, podría decirse que también fueron recogidas por los intentos reformistas del presidente Kennedy en la Alianza para el Progreso. Sin embargo, fueron lastimadas de manera profunda por las dictaduras militares sudamericanas que cubrieron el fin de los años sesenta y prácticamente toda la década siguiente, al calor de las cuales se intentó aplicar una gama diversa de proyectos económicos en buena medida opuestos a los postulados por el pensamiento cepalino. Con la relativa excepción del caso Brasileño, donde la dictadura militar, al decir de Fernando Enrique Cardoso, buscaba más bien una “revolución” capitalista sin renunciar al desarrollismo dirigista, en el resto de los países que cayeron bajo las dictaduras se impuso como visión dominante un liberalismo económico a ultranza⁴⁴.

Las elaboraciones de los diferentes miembros del grupo formado en la CEPAL son significativas y abren un camino para la construcción de una teoría consistente. Las contribuciones teóricas van desde el apoyo a los argumentos en favor de la industrialización partiendo de la distribución del ingreso de Celso Furtado, los problemas de la industrialización, el análisis de los obstáculos estructurales al desarrollo, la “heterogeneidad estructural” de Aníbal Pinto y las causas de la inflación.

Desde luego hubo muchas críticas y ataques por parte de la corriente neoclásica. En particular, se dio una enconada discusión sobre la inflación entre la corriente de estructuralistas agrupada en la CEPAL y los monetaristas. En esta discusión, el mexicano Juan F. Noyola jugó un papel fundamental. “Noyola dio un marco analítico de la inflación,

⁴³ Cfr. Zapata, 1990. pp. 138-149

⁴⁴ Cfr. Love, p. 435

fuera de la racionalidad de la teoría convencional, y con ello hizo una importante contribución al desarrollo del pensamiento estructuralista”⁴⁵.

La visión reformista implícita en el estructuralismo original se alimenta de la creciente importancia que la CEPAL da a las cuestiones sociales. Este interés en la problemática social fue acentuado por el creciente radicalismo de la revolución cubana después de 1959. Frente a esto, Prebisch convoca en 1963 a una reforma social en “Towards a Dynamic Policy for Latin America”. Con énfasis y urgencia, propone reformas específicas a la estructura agraria, la distribución del ingreso y la educación. Más adelante se recogen dos propuestas ante el deterioro de las balanzas de pagos de la región a lo largo del proceso de industrialización. Una de ellas es la necesidad de un incremento en las exportaciones primarias y de la producción de alimentos para consumo doméstico, para abastecer a las zonas urbanas que crecían explosivamente. La segunda es la gran idea del mercado común regional, que saldría al paso de la ineficiencia propiciada por el proteccionismo “irracional” sin renunciar al designio industrializador ni a la búsqueda de fórmulas vernáculas de inserción en el mercado mundial.

Aunque con matices muy importantes, y no obstante el pesimismo reinante al final de los años sesenta, podemos caracterizar las tres décadas siguientes a la segunda guerra mundial como una etapa de crecimiento sostenido (6.2% anual para la región entre 1950 y 1982, según estimaciones de la CEPAL), basada en una industrialización que, siguiendo las pautas relatadas fue fomentada y protegida por el Estado y logró cambiar sustancialmente la fisonomía de la región. En esta perspectiva puede decirse que tanto los resultados generales como las diferencias entre las distintas experiencias nacionales, encuentran un factor explicativo importante en el comportamiento de los Estados y la conducción que de los gobiernos hicieron los grupos dirigentes surgidos de esa transformación.

En nuestra región en particular, al encontrarse al final de este largo periodo con una agravada concentración del ingreso y de las oportunidades, las sociedades latinoamericanas no pueden menos que preguntarse si no han errado el camino. Si en vez de adentrarse en la senda de “más y más reformas” no debería intentarse ya una revisión de la reforma misma.

Este reformismo, ahora claramente articulado por la democracia, tiene en el pensamiento clásico de la CEPAL su fuente de inspiración más señalada. No fue una casualidad que el periodo en el que más influye esta Comisión de la ONU sobre la dirección del desarrollo de la región coincida con el de mayor ritmo de crecimiento; es una fase ubicada

⁴⁵ Cfr. Paz, 1989

entre dos periodos en los que domina la teoría liberal. Esto es, después de la crisis del 30 y antes de las crisis de 1980s, sobre todo de 1982. Hoy se puede insistir: “La concentración exclusiva de las políticas comerciales es errónea”. La conclusión más importante es que el “factor determinante no es la liberalización o el proteccionismo *per se* sino cómo se implementan las políticas, en qué contexto y su combinación con otras medidas (como el fomento industrial o el desarrollo social). [...] Las diversas políticas y estrategias que siguieron los ahora países desarrollados en su escalada al liderazgo económico, descansan en una reorientación hacia actividades de alto valor agregado [que] es crucial para la prosperidad de una nación [...], lo que las fuerzas del mercado por sí solas pueden no provocar a una velocidad [y forma] deseable desde el punto de vista social”⁴⁶.

La metodología que ha seguido la CEPAL durante su largo periodo de existencia lleva una línea consistente que Bielchowsky identifica en cuatro puntos fundamentales. En primer lugar se encuentra la idea inicial de “Centro – Periferia”, que se hila con el segundo punto en torno al análisis de una “Inserción internacional”. En tercer lugar se erige el estudio de las condiciones estructurales internas como el empleo y la distribución del ingreso, el crecimiento y el progreso técnico. Por último se señala la consideración de posibilidades de acción estatal. En adelante, la evolución de las ideas pueden identificarse al rededor de “ideas-fuerza” que abarcan periodos aproximadamente decenales, siguiendo la evolución misma de la región, desde los primeros planteamientos de la CEPAL. De esta manera, en la década de 1950 se contempla la industrialización como necesidad estructural, luego en los años de 1960 las reformas necesarias para “desobstaculizar la industrialización”. En la década siguiente impera una reorientación de estilos del desarrollo hacia una “homogeneización social y una diversificación productiva proexportadora”. La década que abarca los años ochenta se definen por la superación del endeudamiento externo, buscando la forma de lograr un “ajuste con crecimiento”. Y por último, desde los primeros años de 1990, se ha seguido la temática bautizada como “Transformación productiva con equidad”, que convive con la búsqueda de un financiamiento sólido para el desarrollo y el fortalecimiento de las instituciones. Todas estas fases se desarrollan bajo un esquema de “unidad de pensamiento”, que se refiere al método “histórico-estructuralista”. Este enfoque cepalino implica un método de producción del conocimiento, muy atento al comportamiento de los agentes sociales, y a la trayectoria de

⁴⁶ Chang en Ocampo, 2004, p. 73

las instituciones, más aproximado a “un proceso inductivo que a los enfoques abstracto-deductivos tradicionales”⁴⁷.

5.- La renovación de las elites a través de las ideas

El desarrollo visto desde esta perspectiva como un cambio social, político y económico en el que el correcto funcionamiento de las instituciones es fundamental, implica también una reestructuración básica de valores y actitudes. El rol de los intelectuales y la “élite cultural” es crear los medios para la movilización social, y las ideas que den fuerza y eficacia a estos objetivos. Se logra con ello, la participación e incorporación de los diferentes sectores en el cuerpo político, y una orientación de participación igualitaria de las ventajas económicas y sociales, mediante una alianza de los diferentes estratos.

Es importante la actitud del empresariado, y su capacidad para innovar no sólo tecnológicamente, sino renovar su comportamiento; esta renovación se logra introduciendo cambios al sistema de valores, como factor “desviante” que pueda romper con las estructuras tradicionales, que por su rigidez, limiten o erosionen la capacidad de crecimiento de los países. Esta es la función de la élite empresarial descrita por Schumpeter, en la que sobresale su capacidad para dirigir e introducir las innovaciones en el ciclo de crecimiento⁴⁸.

Es necesaria una “modernización del comportamiento empresarial como condición para el desarrollo”. La élite industrial, los empresarios, son grupos de interés, y son una fuerza política, pero con diferentes grados de influencia que los grupos sindicales y las organizaciones de trabajadores o de pequeños productores rurales. Por las condiciones históricas, la iniciativa privada tiene un margen de acción más restringido por factores tecnológicos y del mercado, dados por las economías desarrolladas. Y es limitada además, por la presión de la contraparte en los grupos de la clase media tradicional. Es por ello que el Estado, como ente coordinador juega un papel esencial para el desarrollo⁴⁹.

Estas estructuras de valores se reflejan en un aspecto ideológico, que pueden renovarse o flexibilizarse. Las elites intelectuales tienen tres funciones fundamentales en la tarea de la transformación cultural con el objetivo de lograr un mayor desarrollo. Una de ellas es la mediación de este cambio cultural, la otra es la recreación de una imagen “convinciente de la colectividad” frente a la realidad y el entorno y por último, como indica Friedman, la creación

⁴⁷ Bielschowsky, 1998: 23-24

⁴⁸ Citado por Lipset, op. cit., p. 40

⁴⁹ Cardoso y Bonilla en Lipset, Ibíd.

de una ideología eficaz y consistente que sirva de guía conceptual para la acción de los actores políticos y económicos⁵⁰. Ante este aislamiento de las elites tradicionales, como lo fue hacia el paso de la edad moderna, la élite intelectual podría considerarse como una clase dirigente, en el sentido de su influencia como mecanismo coordinador, de búsqueda y diálogo con las distintas fuerzas políticas en la toma de decisiones, ocupando también lugares centrales en el Estado sin sugerir que todos los políticos elegidos democráticamente son intelectuales; incluso ellos, son formados en universidades con fondos públicos donde labora esta élite. Por ello, el papel de las instituciones independientes y las universidades con goce de autonomía cultural e ideológica, son la base del trabajo intelectual no dependiente⁵¹.

Un caso ejemplar de esta esquematización fue mostrado arriba en el desarrollo de la concepción cepalina. Los esfuerzos por modernizar los valores y la conducta no se sitúan, esencialmente, solo en las esferas de la economía y la política. Por el contrario, aquellas personas que profesionalmente se interesan por las ideas y los valores (la elite intelectual) son decisivos para favorecer u obstaculizar los cambios sociales⁵².

David Ibarra aterriza este proceso de la siguiente forma: “los paradigmas económicos suelen ser construcciones políticas que además de reflejar los consensos académicos de los centros desarrollados, constituyen racionalizaciones de los intereses de esos centros, traducidos en reglas que los miembros de la comunidad internacional han de cumplir por convencimiento o por quedar adscritos a un régimen más o menos inescapable de incentivos, castigos y reconocimientos. La fuerza dominante detrás de esos relatos paradigmáticos impone rupturas históricas en México y en América Latina. Antes, el Estado tenía el papel protagónico en impulsar el desarrollo y responsabilizarse del equilibrio social, hoy, el grueso de esas funciones se trasvasan al mercado y al empresariado [...]. Antes, la fuente primordial del desarrollo dependía del ensanchamiento del mercado interno; hoy se le quiere hacer función del comercio exterior; en vez de la prosperidad nacional primero y, luego, el intercambio, hoy va primero el libre comercio del cual surgirá después la prosperidad nacional. [...] Hoy en día, las políticas económicas oscilan en ires y venires cortoplacistas que oscurecen el cálculo empresarial e inhiben la inversión”⁵³.

Crecimiento económico mediocre y altamente inestable, aguda desigualdad y empobrecimiento masivo; insatisfacción recurrente y creciente con los sistemas políticos

⁵⁰ citado por Lipset, *Ibíd.* p. 33

⁵¹ Hoppe, H. *op. cit.* pp. 3-4

⁵² Ratinooff en Lipset, *Ibíd.* p.33

⁵³ Ibarra, David, en Cordera 2004, pp. 15-27

organizados por el código democrático: he aquí un primer corte de caja de la saga latinoamericana al cierre del siglo y el inicio del nuevo milenio, luego de casi veinte años de ajuste y cambio estructural hacia la globalización.

Un rasgo significativo de esta “recepción” del cambio estructural -para la globalización-, fue el desplazamiento, por momentos de modo absoluto, del tema del desarrollo de las agendas políticas y económicas de la región. Para no mencionar al gran ausente de las agendas históricas latinoamericanas, el de la distribución del ingreso y la riqueza, que la urgencia de las crisis había de plano hecho desaparecer del discurso público de los ochentas y noventas del siglo pasado.

“Históricamente, la libertad de mercado ha sido un mecanismo eficiente de generación de riqueza, pero también de concentración dañosa de poderes económicos. El Estado constituye la vía para [...] repartir las cargas [e] impulsar los derechos colectivos [...] aunque también esté sujeto a las tentaciones del autoritarismo, el populismo y la corrupción”. La transición implica una renovación de las elites, y en nuestro país, ello lleva al descuido de productores, trabajadores y clases medias y, por esa vía, al del mercado interno⁵⁴.

Un caso ejemplar de estas transiciones la personifica la banca mexicana. Una élite que se definió a sí misma, “no como dueños de banco, sino como aquellos líderes sectoriales que por su preparación y solvencia se vuelven depositarios de la confianza de los accionistas ahorradores y clientes, ejerciendo además su influencia para promover la capacidad emprendedora de la iniciativa privada”. El problema principal del sector bancario ha sido relatado por Carlos Abedrop de esta forma: “lo que ocurre es que algunas áreas del mercado están siendo sustituidas por agentes no bancarios”. Y los banqueros tienen conciencia de que seguirán representando la base del sistema financiero, un “liderazgo funcional”, puesto que los intermediarios no bancarios se apoyan de sus redes y servicios, no obstante esto en la medida en que se manejen con eficiencia, y para ello requieren grandes inversiones, que por otro lado, han encontrado en la inversión extranjera, que ahora representa la propiedad de 88% del sistema bancario mexicano⁵⁵.

La capacidad latinoamericana de intermediación social en la época del crecimiento protegido, parece haber quedado suspendida entre complejos mecanismos de representación de intereses en la democracia y la esperanza de un mayor crecimiento que no se concreta, y por ello estos mecanismos sufren desgastes sin contraparte en el nivel de bienestar logrado. Esta dialéctica aporta más presiones sobre la cohesión social y nacional. Sin una política

⁵⁴ Ibid. p. 17

⁵⁵ Abedrop en Cordera 2004, pp. 31-37

inspirada por la meta de construir acuerdos fundamentales, que tengan como eje la cuestión social, el laberinto sólo puede ser el de una mayor soledad para América Latina, en tiempos de la globalidad.

En medio del camino sugerido, está una conducta de los grupos dirigentes y dominantes de afirmación y exclusión social, paradójicamente desplegada en reiterados reflejos de defensa política y huida económica y, hasta ahora, transmitida a buena parte de las franjas intermedias de la sociedad, gracias a una sensibilidad colectiva aletargada por el estancamiento. Es en esta conducta que, parafraseando a Galbraith, se ha vuelto una bizarra “cultura” de la satisfacción y de los satisfechos, donde radica la principal contaminación del ambiente estatal y nacional mexicano y latinoamericano.

Volcadas al exterior, las elites latinoamericanas se han desprendido de la obligada, casi siempre precaria, conciencia de interdependencia social interna, y se ha agudizado su sensación de dependencia de las relaciones de clase con el exterior. Al no concretarse en asociaciones efectivas, no se renuncia a la opción foránea, sino que se la convierte en una sistemática adquisición de activos en el exterior. De acuerdo con David Ibarra, toda reforma económica de fondo entraña cambios medulares en la distribución de oportunidades y privilegios que definen a las nuevas estructuras socioeconómicas y a la desintegración-integración de las propias elites⁵⁶.

El papel de las elites en este proceso es medular, afecta y a la vez se alimenta de los distintos niveles de agregación económica. Así, el papel de las empresas es sostener su ciclo a través de impulsos de innovación y adaptación, en el sentido de Schumpeter. Pero su competitividad frente al mercado mundial no depende únicamente de ello; es un proceso sistémico, propone Cepal. La competitividad sistémica va asimilando estas ventajas a escala meso-regional. Esto hace de la competitividad un proceso microeconómico y mesoeconómico al necesitar no solo impulsar empresas más eficientes, sino fomentando redes y cadenas productivas, que en conjunto y por consecuencia influyen en el desempeño macroeconómico de las naciones⁵⁷. La competitividad, ha tomado el objetivo central en la distribución de la producción, y su resultado se dibuja en la calidad de vida de sus actores directos. Michael Porter, por ejemplo, sugiere mirar más allá de la ventaja comparativa, que se considera de orden inferior, la competitividad sostenible en el largo plazo se apoya en las ventajas que el hombre mismo posee y no en los recursos físicos. Las capacidades humanas, individuales y colectivas, como la creatividad, la investigación y el desarrollo, la cooperación, el esfuerzo

⁵⁶ Ibarra, op. cit. pp. 26

⁵⁷ Ocampo, 2004c: 131-133

sistemático, el capital social y cultural son la base fundamental de la cadena de valor de los productos, y se traducen en productos y servicios diferenciados, que pagan bien, y se venden a precios muy superiores. La competitividad, por tanto no contribuye al desarrollo si se basa en la reducción de salarios directamente, o por la vía del tipo de cambio⁵⁸.

6.- La renovación democrática o la democratización del mercado

A la luz de la variada experiencia latinoamericana iniciada en 1982, pueden destacarse varios puntos centrales de la agenda pendiente. Entre otros, está por definirse una política industrial sin introducir “de contrabando” la protección y el subsidio. La formación profesional y la capacitación continua, no pueden verse por separado de la educación para la ciudadanía democrática que se quiere consolidar. Capital Humano y Capital Social están en este aspecto asociados y no pueden segregarse si se desea materializar una vida social definida por una equidad progresiva y sólida.

Los resultados “inesperados” del giro exportador mexicano, por ejemplo, revelan la necesidad de ir “más allá” de las expectativas originales que traería este viraje respecto de las funciones de producción. Más que privilegiar o valorizar el factor abundante (la mano de obra no o semicalificada), el brote exportador ha requerido más bien de extensas cohortes de trabajo calificado.

La cuestión educativa así, no sólo remite a los contenidos básicos de ciudadanía y oferta laboral, tiene luego implicaciones amplias y directas sobre la distribución de ingresos y oportunidades⁵⁹. De aquí que la prioridad a la extensión y transformación cualitativa de la educación media y superior, no pueda ser postergada sin fecha.

Es indispensable incorporar a la discusión el papel que han jugado y pueden jugar las instituciones, tanto las que sirvieron para impulsar los cambios en la Economía y el Estado, como las que dicho cambio vuelve necesarias para consolidar un nuevo curso del desarrollo. Ninguna de éstas emergerá, menos se afirmará, de manera espontánea, y es aquí donde la democracia enfrenta uno de sus más desafiantes eslabones perdidos.

Por otro lado, la “culpa” por la pobreza o la desigualdad se ha difuminado en la nueva sociedad de ciudadanos “individualizados”. No hay un sentido de la corresponsabilidad de grupo, que pudiera dar lugar a reacciones solidarias elementales, mucho menos a admitir la necesidad de coaliciones democráticas que reconozcan la centralidad del tema social. Como, además, el nuevo modelo tiende a Estados instrumentales, despojados de capacidades

⁵⁸ Cfr. Porter, M. 1985

⁵⁹ Cfr. Satllings, 2000, capítulo 4

sustanciales de intervención redistributiva, en adelante la responsabilidad pública se diluye en las manos de una sociedad civil imprecisa y desarticulada.

Democracia y Mercado sin Estado, o Estado sin Democracia y sobre el Mercado, son extremos que soslayan la idea del estado democrático como un ideal normativo. Ambos polos de participación estatal, en el plano ideológico conducen a experiencias que desviarían los logros democráticos hacia un creciente autoritarismo; como lo descrito por Norbert Lechner: en uno de los extremos el socialista, donde las decisiones y la coordinación de lo social y lo económico son delegadas a una elite intelectual y política, que gradualmente concentrará los privilegios. Por el otro extremo, el liberal, la atomización de la sociedad que descansa en la búsqueda de individualización de los esfuerzos y beneficios llevaría hasta un cierto punto en el que un Estado fuerte es aquel que no se doblega ante las demandas populares de intereses organizados, sobre los cuales debe estar siempre el mercado, ente coordinador definitivo de lo social⁶⁰.

Lo social tiene que dejar de ser residuo de lo económico, o la referencia contingente del discurso político. Tiene que abrir paso a una mesa de tres patas como metáfora para el desarrollo futuro, y echar de lado la dicotomía considerada tradicionalmente como propia de lo moderno. El gasto compensatorio tan deturpado en estos tiempos, no sólo es imprescindible ante la contingencia y el ciclo, sino fundamental para darle a la vulnerada cohesión social visos mínimos de realismo y credibilidad.

La democracia representativa puede reforzar, sin quererlo, este resultado que otros prefieren presentar como “sistémico”. Los congresos, presionados por los intereses dominantes o sujetos a la disciplina de las agencias multilaterales, dan lugar a esquemas presupuestales que obligan a racionar primero lo destinado a la cuestión social. Al aceptar como dados los múltiples requisitos de asignación que trae consigo la estabilización macroeconómica permanente, y otros gastos no directamente vinculados con la carencia colectiva, los congresos “legitiman” una distribución de los recursos que desemboca en posposiciones sin fecha de término de proyectos trascendentes de desarrollo social. Se configura así, desde la democracia, una situación que potencialmente la niega, al coadyuvar a la reproducción de los desiguales que la política pretende igualar.

Para enfrentar este bloqueo enmarañado, es preciso pensar a la política social como una empresa civilizatoria, que abarque al conjunto de la sociedad y haga explícitas las implicaciones socialmente nocivas de las actuales mentalidades dominantes. Nada asegura

⁶⁰ Cfr. Lechner, 1981

hoy que esto ocurrirá gracias a la emergencia súbita de otro “consenso” negativo, como el que facilitó los primeros pasos del cambio estructural para la globalización. Pero la conversación entre economía y política, entendidas como mercado y democracia, no puede enfilarse por la senda de una modernidad robusta y consistente, en presencia de una despolitización intencionada y sistemática de la circunstancia social que las rodea.

Con las mudanzas culturales e ideológicas con que cerró el siglo, las nociones de ciudadanía y de los derechos humanos registran ampliaciones y mutaciones. La ciudadanía se presenta, ahora, indivisible en sus dimensiones civil, política y social, y su expansión hacia los derechos económicos, sociales y culturales. El derecho al desarrollo se ha transformado en una necesidad de desarrollo de los derechos como sostén primordial de la equidad, la ciudadanía y la democracia.

En medio del deterioro de la seguridad social y laboral, sólo se puede lograr un grado de consenso, si se percibe como un cambio donde los derechos cedidos sean reemplazados por una nueva generación de derechos y beneficios que establezcan una justificación social de los costos sociales que se encuentran involucrados.

Como lo ha planteado la CEPAL, urge echar a andar un diálogo social, dentro del cual la tarea inconclusa de la equidad y el “talón de Aquiles” del empleo, tendrían que ser las prioridades de una agenda acosada por reclamos y restricciones de todo tipo. Será crucial, para que este diálogo tenga lugar, construir un marco ético público que parta del reconocimiento expreso de la actualidad de los derechos civiles y políticos así como de la de los derechos económicos sociales y culturales (DESC). Estos derechos, como lo postula la ONU, responden a los valores de la igualdad, la solidaridad y la no discriminación y en una perspectiva dinámica e histórica deben verse como indivisibles e interdependientes⁶¹.

Al poner la equidad en el centro del desarrollo mexicano en la globalización, podría elevarse el diálogo a niveles de ambición histórica, y también de alta tensión política y social: sin una perspectiva de equidad, en lo económico y lo social, en estos tiempos convulsos de cambio mundial y de unificación profunda del globo, no hay ciudadanía ni democracia que duren.

La corrosión observada en el mundo del trabajo se vincula estrechamente con el desbordamiento de los sistemas de seguridad social tradicionales, aquejados por una rampante fragilidad financiera y altamente dependientes del empleo formal. En las condiciones descritas, es claro que estos sistemas están cada vez más restringidos para dar cobertura

⁶¹ Jusidman en PNUD, 2004, cap. 4

satisfactoria, oportuna y de calidad, no se diga a la ciudadanía en su conjunto sino a los trabajadores que por ley tienen derecho a esos servicios.

Con todo, la focalización no ha podido convertirse en un sustituto efectivo de los renglones “clásicos” de la política social, como la educación, la salud o la seguridad social públicas. Menos aún si se consideran los propósitos de vocación universalista que siguen presentes en el discurso y la tradición social mexicana y en los propios dictados y compromisos generales consignados en la Constitución.

Sin renunciar al objetivo de crear con celeridad más puestos de trabajo formales, cuya viabilidad no ha sido descartada seriamente hasta la fecha, lo que hoy surge como un gran desafío al Estado es una *ciudadanización* de los derechos sociales. De aquellos tradicionalmente asociados al trabajo organizado en torno al contrato y los sindicatos, pero también los que la propia evolución y globalización de la sociedad mexicana ha hecho emerger en el horizonte político y el imaginario colectivo. Sin un mercado doméstico pujante y robusto, es inviable un crecimiento económico dependiente de las exportaciones que, a la vez, sea capaz de ofrecer los empleos que una población joven, como la mexicana, demanda.

7.- Bibliografía

- Bielschowsky, Ricardo. “La evolución de las ideas de la CEPAL”, en Revista de la CEPAL, No. Extraordinario, Octubre 1998, pp. 21-45.
- Bobbio, Norberto, et. al. Diccionario de Política, Siglo XXI, México 1991.
- Cardoso, Fernando H. “La globalización y los desafíos de la Democracia en el plano internacional”, en Foreign Affairs en español, México, Volumen 2, No. 2, Primavera 2002.
- Cardoso, F. H. “Las elites empresariales en América Latina”, en R. Franco
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa, Naciones Unidas-CEPAL, Santiago de Chile 1990.
- La CEPAL en sus 50 años: notas de un seminario conmemorativo. Naciones Unidas-CEPAL, Santiago de Chile 2000.
- Equidad, desarrollo y ciudadanía, Tres volúmenes, CEPAL-Alfaomega, Bogotá 2001.
- Contreras, Joseph. “La optimista clase alta”, Revista Newsweek, México, enero de 2007, pp. 32 a 36.
- Cordera Campos, Rolando (coordinador). La Economía Nacional: una reflexión, UNAM, México 2004.
- “Ocampo y la Globalización del extremo occidente”, Revista EconomíaUNAM, No. 6, septiembre-diciembre, México 2005
- Córdova, Arnaldo. Sociedad y Estado en el mundo moderno, Grijalbo, México 1976.
- Chang, Ha-Joon. Kicking Away the Ladder. Development Strategy in Historical Perspective. Anthem Press, Londres 2002.
- Chang, Ha-Joon. Globalisation, Economic Development and the Role of the State. Zed Books, London 2003.
- Furtado, Celso. La fantasía organizada, Eudeba, Buenos Aires 1988.
- Hall, John A. y G. Ikenberry. El Estado, Ed. Nueva imagen, México 1991.
- Hardy, Clarisa. “Una nueva generación de reformas sociales en América Latina”. Colección Ideas, Fundación Chile 21. Año 3, No 17, Santiago, Chile, marzo 2002

- Hoppe, Hans-Hermann. "Natural Elites, Intellectuals and the State" en <http://www.mises.org/etexts/intellectuals.asp>, 1997, consultado en septiembre de 2004.
- Ibarra, David. El nuevo orden Internacional, Aguilar, México 2000.
- La Inversión Extranjera, CEPAL, México 2004.
- Lasch, Christopher. The Revolt of the elites : and the betrayal of democracy, W. W. Norton, New York 1995.
- Lechner, Norbet. "Proyecto Neoconservador y Democracia", Materiales de Discusión Programa FLACSO-Santiago de Chile, No. 10, marzo de 1981.
- Lin, Nan. Social Capital: a theory of social structure and action, Cambridge University Press, USA 2002.
- Lipset, Seymour Martin y A. E. Solari. Elites y desarrollo en América Latina, Paidós, Buenos Aires 1967
- Love, Joseph. "Economic ideas and ideologies in Latin America since 1930", en Leslie Bethell, The Cambridge History of Latin America, vol. VI, pp. 393 - 460; Cambridge University Press, 1989.
- Ocampo, José Antonio. et. al. Una década de luces y sombras, CEPAL-Alfaomega, Bogotá 2001.
- Ocampo, J. A., E. Cárdenas y R. Thorp. Industrialización y Estado en América Latina: la leyenda negra de la posguerra. Lecturas del Trimestre económico, No. 94. FCE, México, 2003.
- (compilador). El desarrollo económico en los albores del siglo XXI, CEPAL - Alfa-omega, Colombia 2004.
- América Latina en la era global, Cepal, Bogotá 2004b.
- Reconstruir el futuro. Globalización, desarrollo y democracia en América Latina, Grupo editorial Norma-Naciones Unidas 2004c.
- Parsons, T. Hacia una Teoría de la acción, Kapalus, Buenos Aires 1968.
- Portell, Huges. Gramsci y el bloque histórico, Siglo XXI, México, 1972, pp. 7-27
- Porter, Michael. Competitive Advantage: Creating a sustaining superior performance, The Free Press, New York 1985.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), La Democracia en América Latina, Informe 2004, Buenos Aires.
- Schiller, R. "Los nuevos cosmopolitas", Diario Reforma, 10 de enero de 2007
- Stallings, B. y W. Peres. Crecimiento, empleo y equidad: el impacto de las reformas económicas en América Latina y el Caribe, CEPAL – Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile 2000.
- Touraine, Allain, Producción de la Sociedad, IFAL-UNAM, México 1995.
- Villareal, René. Industrialización, Deuda y Desequilibrio externo en México. (Un enfoque industrial y financiero, 1929 – 2000), Fondo de Cultura Económica. México 2000.
- Zapata, Francisco. Ideología y política en América Latina, México, Colegio de México, México 1990